

Nuestra misión en Francia

Tomado del
Bulletin Hispanique
XIX, enero-marzo
de 1917.

EN EL MES de mayo último una comisión de sabios y artistas franceses, miembros del Instituto, hizo un viaje por España del que tienen noticia los lectores del Boletín por un excelente artículo de M. Imbart de la Tour, miembro de aquella misión, aquí publicado. La obra de propaganda y aproximación intelectuales entre nuestros dos países, en la que tan ilustres viajeros colaboraron de un modo brillante, ha tenido ahora su segunda parte. Cediendo a la invitación amable del Instituto, un grupo de españoles vino a Francia y después de permanecer en París diez o doce días, visitó algunos puntos del frente de guerra, yendo luego a Toulouse y Burdeos. Mi amigo el señor Cirot me ha honrado pidiéndome para el Boletín un relato de nuestro viaje. Yo haré gustoso esta crónica, hilvanando además con ella algunas de mis impresiones personales. Mi trabajo no tiene otro alcance, aunque eso sea bien poco, dado lo que este periódico y la resonancia que ha tenido nuestra expedición merecen. Cualquiera otro de mis compañeros podrá, con más autoridad y con mejores medios que yo, desentrañar su importancia verdadera y poner de relieve sus consecuencias probables.

1

El 21 de octubre salió de Madrid una parte de la misión española. Íbamos juntos, Gómez Ocaña, M. Pidal, Blay, Bilbao, Castro y yo. En la frontera nos aguardaban De Buen y Picón. En París debía reunírse nos desde el primer momento el señor Duque de Alba y, pocos días después, los señores Altamira y Vehils. Otros invitados a este viaje como Ramón y Cajal, Galdós, Unamuno, Bretón, Azorín, Achúcarro, Álvarez Quintero, Candau, Labra, presidente del Ateneo, Gil y Morte, y Sola no pudieron por causas diversas realizarlo. Muchos de ellos enviaron cartas de adhesión, algunas tan significativas como la de Ramón y Cajal; todos nos acompañaron en espíritu y ninguno hay que no lamente haberse quedado en casa. Fuimos recibidos en la frontera por *monsieur* Thamin, rector de la Universidad de Burdeos; por *monsieur* Radet, decano de la Facultad de Letras; por *monsieur* Paris, director de la Escuela de Estudios superiores hispánicos; por el subprefecto, en representación del Gobierno y por las autoridades y funcionarios de Hendaya. El señor rector Thamin, al dirigirnos una alocución de bienvenida tuvo el acierto de hacer notar la significación de nuestro viaje. "Lo que vosotros realizáis viniendo a Francia ahora -dijo- es un acto.- Momentos después una cena íntima nos reunía a todos en el comedor de la estación. El

ambiente de cordialidad que allí reinó, las sinceras protestas de comunidad de ideas que cambiamos en los discursos, eran un sabroso anticipo de los sentimientos que íbamos a encontrar dondequiera en nuestra expedición; así, desde el primer momento, su valor y su tono quedaban dados y al descubierto; su valor era el de una demostración de fraternidad y simpatía, más elocuente por el hecho mismo de realizarse que todas las arengas que nosotros pudiésemos pronunciar; su tono, el de esa intimidad afectuosa, sin reservas, que sienta bien entre amigos antiguos. Estos dos caracteres, lejos de amortiguarse fueron acentuándose con el transcurso de los días. Así en Burdeos, donde recibidos en la estación por la municipalidad y las autoridades universitarias, nos detuvimos sólo una hora, con la esperanza, muy grata para nosotros, de consagrar a nuestro regreso una visita detenida a la espléndida capital de la Gironda. Así en París, la noche de nuestra llegada. Una comisión del Instituto nos acogió al apearnos del tren. Conducidos con toda solemnidad a una sala de la estación, donde habían de hacerse las presentaciones y cambiarse los discursos de rúbrica, la fuerza de la emoción que a todos nos embargaba rompió las formas rígidas de la etiqueta; nos abrazamos como hermanos que se encuentran de nuevo; y cuando monsieur Larny nos dirigió la palabra comenzó en estos términos: "Señores, he aquí nuestros buenos amigos de España." El señor Picón, respondió por todos nosotros con sobrias palabras. Pero, ¡cuántas cosas emocionantes habríamos añadido, permitiéndolo las circunstancias, si, puesto nuestro corazón al desnudo, hubiéramos contado todo lo visto y sentido durante el viaje! Casi ninguno de los nuestros había vuelto a Francia desde el comienzo de la campaña. Todo lo que sabíamos de la Francia en guerra lo sabíamos de oídas o por la lectura, y en estas informaciones faltaba siempre, como es inevitable, esa emoción primordial que sólo el contacto con las personas y las cosas mismas puede darnos. Carecíamos, pues, en nuestros juicios sobre la Francia en armas, de la base de apreciación más valiosa: no habíamos podido medir el temple del espíritu público. Por eso nuestro viaje desde Hendaya a París fue como una iniciación preciosa. El aspecto de los soldados en las estaciones y en los trenes, la vista de las risueñas vegas de Francia desamparadas por su población viril, el espectáculo de algunos heridos que nos miraban pasar desde los andenes, y el ir y venir de las damas de la Cruz Roja, forzaron primeramente nuestra atención, clavándola, por decirlo así, en estas demostraciones inmediatas y menos crueles de la guerra. Después fuimos hablando con toda clase de gentes, paisanos y militares, viejos y jóvenes, y un indecible sentimiento de angustia nos invadía: percibíamos la emoción que se transparentaba en el tono grave de las conversaciones, en el temblor de la voz al relatar penalidades pasadas, en las lágrimas que asomaban traídas por el recuerdo de los muertos, en la serena luz que brillaba en los ojos de los jóvenes al referirnos -más que sin jactancia, con timidez- sus sacrificios, en la resolución, patente en cada gesto, en cada palabra, de morir por la restauración de la patria. Esta atmósfera moral tan densa nos fue contaminando poco a poco. Difícil es explicar ahora cuáles eran nuestros encontrados sentimientos, penosos al mismo tiempo que deleitosos: era una tristeza grave que nos sobrecogía al entrever la inmensidad del sacrificio, era el asombro por la tenacidad del heroísmo, era entusiasmo al ver desplegadas por el pueblo francés las cualidades necesarias para afrontar y dominar esta crisis. En ese estado de ánimo llegamos a París. Nunca habíamos sentido la impertinente curiosidad del viajero que se acerca a contemplar un espectáculo que sólo le afecta desde lejos; de sentir-

la, la habríamos ahuyentado como una profanación. Íbamos a contemplar con fervor casi religioso el gran misterio de un pueblo unido hasta la muerte en la defensa de una causa justa. ¡ Quién pudiera decir hasta qué punto estas primeras excitaciones de nuestra sensibilidad se vieron superadas más tarde!

Nuestra estancia en París se inauguró de un modo delicioso. El señor director del Museo y madame Edmond Perrier nos recibieron en su casa, reuniéndonos en un almuerzo íntimo con los individuos de la misión francesa que estuvo en España. Presididos por la buena gracia de *madame* Perrier, que, como *madame* Hanotaux y la señora marquesa de Noailles en días posteriores, vino a poner en la recepción dispensada a los españoles el suave encanto peculiar de la mujer francesa, la amistosa conversación interrumpida en Madrid se reanudaba bajo tan favorables auspicios. Una visita a las instalaciones del Museo, en compañía de los profesores de la casa, nos ocupó casi toda la tarde, dejándonos apenas tiempo para saludar a *monsieur* Homolle, que rodeado de su personal nos recibió en la Biblioteca Nacional. La jornada terminó con una recepción en el Hotel Ritz ofrecida a la misión por el Comité du Livre y con una comida en la Embajada de España donde tuvimos el honor de ser presentados al señor Presidente de la Cámara, *monsieur* Deschanel, al señor Ministro de Instrucción Pública, a *monsieur* Jules Cambon, a *monsieur* Hanotaux, a los prefectos del Sena y de Policía y a otras personalidades considerables. En esta comida de la Embajada trabó la misión conocimiento con el mundo oficial político francés, conocimiento ampliado en días sucesivos en el almuerzo que el señor Presidente del Consejo se dignó ofrecernos, al que asistía Su Alteza el Príncipe de Mónaco, así como en el que nos dio en el Elíseo el Jefe del Estado. En ambas fiestas nos vimos rodeados de los personajes más salientes de la capital, ministros y ex ministros, senadores, diputados, altos dignatarios, artistas y catedráticos. La lista sería demasiado larga si hubiera de ser completa. *Monsieur* y *madame* Poincaré tuvieron una frase amable para cada uno de los miembros de la misión *Monsieur* Briand nos hizo los honores de su residencia oficial con una gracia infinita, y sobreponiéndose a sus graves preocupaciones, halló manera de consagrarnos una hora de conversación amena. La comunicación frecuente con tan gran número de personas nos fue de gran provecho. Aunque la cordialidad de la acogida no podía sorprendernos, estábamos contentísimos al observar cómo el homenaje que nosotros queríamos tributar a Francia con nuestro viaje era apreciado en su justo valor y recogido con gratitud desinteresada. Los franceses derivan toda su fortaleza de ánimo de la justicia de su causa. Sostenidos por esa convicción -harto bien fundada-, encuentran en su propio espíritu todos los tesoros de serenidad, obstinación y valor necesarios para afrontar confiadamente las dificultades de la guerra. Los problemas de técnica militar, industrial y económica que plantea la campaña los van resolviendo en la forma que su buen ingenio les sugiere y en la medida -cada vez mayor- que permiten sus recursos; mas, aparte de estas cuestiones que tocan al gobierno del país y en las que ni aun la mirada amiga puede posarse, por el momento, sin parecer indiscreta, queda siempre en el fondo la gran cuestión moral planteada por la guerra. Nos pareció que era en este punto donde la opinión francesa que íbamos conociendo de cerca habla abrigado y abrigaba todavía las más grandes esperanzas y de donde le habían venido también las mayores tristezas. Cuando se lucha por el derecho propio, se busca, como una proclamación de la justicia que se nos debe, la adhesión moral de los que presencian el combate, no para robustecer así la firmeza de nuestra convicción, sino para

evarla, por la sanción de las conciencias ajenas, a un valor universal. A veces, esa adhesión es moralmente obligatoria; y al no prestarla, la solidaridad se rompe con escándalo. Hay, pues, fallos o juicios del orden moral que por ser debidos estrictamente no añaden nada a la causa de quien los obtiene a favor suyo, pero amenguan la reputación de quien los rehúsa. Y hay también momentos, cuando la sangre corre y las ruinas se amontonan, en que la adhesión otorgada a lo que se defiende con tanto estrago es recibida con lágrimas de gratitud, porque equivale a reconocer como sublime martirio lo que sin esa aprobación justificativa tendría que parecer una estúpida orgía de bárbaros. Sobre estos puntos dolorosos hablamos mucho aquellos días y cuando la conversación venía a recaer en el estado de la opinión española respecto de la guerra procuramos completar con los datos de nuestra observación personal los informes que ya tenían nuestros interlocutores; y esta labor no fue perdida.

Señalado queda también con eso cuál fue el tono de nuestros discursos públicos. Por ejemplo, en la recepción del Hotel de Ville, que en nuestro honor abría sus fastuosos salones por primera vez desde que empezó la guerra, y donde contestando a los discursos de *monsieur* Mithouard, Presidente del Consejo Municipal, del señor Presidente del Consejo del Sena, y de ambos prefectos, el señor Gómez Ocaña leyó en francés y pronunció en castellano dos alocuciones que fueron aclamadas. Y así también en la *Société des gens de lettres*.

Las afinidades literarias entre España y Francia, como deladoras de su proximidad espiritual, fueron tratadas muy lindamente en un discurso -demasiado breve, para mi gusto- de *monsieur* Pierre Mille, discurso escrito y leído con un amor hacia su asunto en verdad conmovedor; y por *monsieur* Decourcelles en una oración muy elocuente, muy documentada, en la que propugnó la necesidad de facilitar, por la frecuente comunicación intelectual entre los dos pueblos, los resultados que es lícito esperar de la comunidad de raza y proximidad geográfica. El señor Picón, al recordar en su respuesta los albores de su educación francesa, ofrecía un vivo ejemplo de esa compenetración espiritual.

Nuestras jornadas estuvieron siempre tan llenas que me sería imposible llevar este relato con todo pormenor. No haré, pues, sino mencionar nuestra excursión a Versalles, que nos ocupó un día entero, y donde la misión, dirigida por *monsieur* Nolhac, visitó con gran placer y provecho los museos, siendo luego recibida por la Municipalidad; nuestras visitas al hospital Thiers, al Val-de-Grace, Instituto Pasteur y a la Obra para los mutilados patrocinada por *madame* Geoffray. Cortos momentos pudimos dedicar a nuestros compatriotas que nos esperaban en la Cámara de Comercio, y al Hospital español de Neuilly, donde pudimos observar con placer de qué manera la acción española aporta a las obras de guerra una contribución estimable. Una visita a las fábricas de municiones, a donde nos condujo *monsieur* Hanotaux, nos permitió entrever la magnitud del esfuerzo industrial de Francia, y advertimos que eso que suele llamarse improvisación, y que no es sino rapidez para concebir y ejecutar, no está ni con mucho reñido con la perfección.

Dos palabras hay que decir de las solemnidades académicas más importantes.

Notable fue la sesión de las cinco clases del Instituto a la que fuimos admitidos y donde escuchamos un discurso en verdad admirable de *monsieur* Deschanel, leído además de un modo que no puede superarse. La misma no

che, en la comida del Instituto, uno de los nuestros dio lectura de una carta de Cajal, en la que este ilustre maestro, después de recordar lo que en su formación científica debe a Francia, hacía votos por el triunfo de su causa, que es la de la civilización y la del derecho. El señor Picón habló después. Nuestras ideas y sentimientos -vino a decir el señor Picón- nos autorizan para representar el alma de la España histórica y el alma de la España contemporánea; y por España histórica entiendo no sólo la España guerrera, sino también y sobre todo la España que ha contribuido al progreso de la humanidad.

Con esta representación -añadía- venimos a traer el homenaje de admiración que todo corazón noble y toda conciencia honrada os tributan hoy, en el momento en que Francia ofrece el más alto ejemplo de abnegación que puede dar un pueblo, y que es el resultado de las virtudes propias de los pueblos libres. La Historia reconocerá que habéis luchado por la libertad sin la que los pueblos se degradan y recaen en la barbarie.

Muy honorífica para la misión española fue también la sesión en la Sorbona. Después de un discurso de monsieur Croiset, el señor Martinenche leyó la conferencia de Menendez Pidal en que el maestro, disertando sobre los caracteres de nuestra literatura descubre en ella un carácter popular y naturalista superior al de la literatura de otros pueblos europeos; esta gran manifestación e ingerencia del elemento popular se demuestra por la continuidad de un mismo tema poético a través de las edades, por el despojo que los temas tomados del extranjero sufren de sus elementos fantásticos y sobrenaturales, por la creación de un género como el drama nacional, que tiene muchos puntos de contacto con los géneros populares medievales. Estudiando especialmente la epopeya, llega al resultado de que la epopeya francesa y española se han inspirado en ideales más humanos, más amplios, que la germánica, que poetiza más bien ideales individuales.

El señor Altamira habló después desentrañando el contenido moral que para nosotros tiene la palabra civilización y la importancia del cultivo de los sentimientos comparándola con la de la perfección de las técnicas desde el punto de vista del valor de la vida humana. Una recepción íntima se celebró después en la que el señor rector y madame Liard nos hicieron los honores con amabilidad exquisita.

Y ya no me queda espacio para relatar otras fiestas y recepciones, como la del Centro de Estudios franco-hispánicos, que tuvo para nosotros el atractivo especial que puede suponerse, la sesión musical con que nos obsequió monsieur Widor y en la que tuvimos el gozo de oír además al maestro Saint-Saëns, y las diversas comidas a que asistimos, como la del mismo Centro de Estudios, la del comité de recepción, en la que el señor Duque de Alba resumió en nombre de todos nosotros la profunda impresión que Francia nos había producido, y el gran banquete de la Unión française, donde monsieur Bergson, con su elocuencia inimitable y la fineza de su espíritu sutil, y monsieur L. Barthou, el gran parlamentario, nos dijeron las palabras de despedida.

Con ello y con el almuerzo que ofrecimos a nuestros amigos, nuestra estancia en París terminaba oficialmente. Antes había ido la misión a ofrecer sus respetos al señor Arzobispo de París, visita que fue muy fructuosa, porque merced a la transparente sinceridad que unos y otros poníamos siempre en nuestras palabras quedó de manifiesto la realidad de la unión sagrada, no sólo dentro de las fronteras francesas, sino también más allá.

II

El lunes 30 de octubre, de mañana, partimos para el frente. Los señores Bernier y Marqueste, miembros del Instituto, nos acompañaban, así como meur Thamin, que tuvo la abnegación -nunca bastante agradecida- de venir con nosotros hasta las trincheras. Varios oficiales: los capitanes De Ganay, Bloch-Leroch y Chaumíé, y el teniente Legendre, dirigían la expedición o ilustraban con sus explicaciones lo que íbamos viendo. En Epernay la comitiva se dividió en dos grupos; uno siguió hacia Chalons y Verdún y el otro ocupó los automóviles que debían conducirle hasta Reims. Hicimos un breve recorrido remontando las colinas cubiertas de viñedos que hay al norte de Epernay; cruzamos un bosque ya amarillo y medio desnudo por el otoño. La carretera, muy recta, se alargaba ante nuestra vista perdiéndose hacia lo lejos entre los árboles. Encontramos dos o tres jinetes militares, un camión cargado de heno; fuera de esto, una gran soledad. El día era aún más triste que el camino. Nubes bajas corrían arrastradas por el viento; llovía a ratos. El cielo y el campo tenían el mismo color gris plomizo, desleído. En una revuelta de la carretera hicimos alto y nos apeamos de los coches que fueron a esperarnos más atrás, ocultos entre el follaje para no ofrecer blanco. Las lonas, que tendidas de un árbol a otro tapaban la carretera, hinchábanse bajo el huracán como las velas de un navío. La lluvia nos azotaba el rostro y al avanzar resbalábamos en el barro pegajoso; así nos acercamos al borde de la calzada que corre por la falda de una montaña y hace allí una manera de balcón desde el que se mira un extenso valle. Todo estaba en quietud. A lo lejos las formas suaves y redondeadas de unas colinas cerraban el horizonte. "¡Allí están los alemanes!" nos dijeron. Unas rayas blanquecinas serpenteaban sobre el fondo del valle, ceñían casi a Reims y se alejaban hacia el este; eran las trincheras. De una aldehuela ocupada por los alemanes tenues columnas de humo, que el viento desgarraba, pugnaban por subir. En el centro del paisaje, indecisa entre la niebla, alzándose sobre el caserío de Reims, la masa negra de la catedral mostraba al cielo los muñones de sus torres mutiladas.

Reanudamos la marcha y nos pusimos velozmente en Reims. Unas cuantas personas nos vieron cruzar la barrera; desde aquí hasta la plaza de la catedral, por las calles en ruinas no tropezamos con ser viviente. Cuando, dejados nuevamente los coches, pudimos mirar a nuestro sabor, quedamos pasmados. La catedral parece más alta, ahora que los edificios circundantes están demolidos; en el gran espacio libre que la rodea yergue su cuerpo de mártir, desgarrado, desollado, y ostenta sus llagas abiertas, sin defensa contra las injurias impías. El pueblo de piedra que se alojaba en las torres y en la fachada ha sido víctima del exterminio. No hay estatua que no haya padecido algún suplicio; decapitadas unas, descuartizadas otras, agujereadas todas, no queda de muchas sino un grosero bloque de piedra calcinada. Las columnitas frágiles muestran sus fustes rojizos hechos astillas. La intemperie acaba la obra del fuego y de la artillería; agriétense las piedras y caen reducidas a polvo. Las dos torres han vertido su llanto de bronce sobre esta desolación. El metal derretido de las campanas ha ido cayendo gota a gota en lágrimas abrasadoras, hasta el suelo. En el interior el estrago es el mismo. Los relieves adosados al muro de la entrada han sido raídos por la metralla; las vidrieras acribilladas. Grandes agujeros abiertos en la techumbre y en los muros dejan pasar el sol y la lluvia. Y así se está la pobre catedral atenazada, como un cuerpo vivo al que todos los días le arrancan un pedazo de carne. Pocas horas

antes de nuestra visita los proyectiles alemanes habían llegado hasta la catedral dándole una nueva dentellada.

La misma tarde hicimos una escapada a las trincheras. Fuimos hasta una colina que llaman, si no recuerdo mal, la *Butte du Tir*, y apenas llegados, mientras el comandante del sector nos saludaba, unas piezas del 75 que no pudimos descubrir, se pusieron a tirar alegremente, dándonos la bienvenida. Nos sepultamos en el boyau abierto en la tierra gredosa, escurridiza, y de zanja en zanja llegamos a la primera línea. La impresión ingenua de un profano es admirarse de la aparente fragilidad de estas defensas que, gracias a la organización, a la paciencia, a la astucia -sin hablar del valor de sus ocupantes- son impenetrables. Poco a poco fuimos dándonos cuenta de la complicada urdimbre que teníamos a la vista. Jugaron las armas. La artillería hizo fuego de *barrage*; los fusiles en batería dispararon; lanzáronse bombas, y las ametralladoras, armadas y montadas en un santiamén por unos soldados que surgían de un agujero, desgranaron en el silencio mortecino de la tarde sus rosarios de balas. Nosotros, estábamos detrás de la alambrada, a donde habíamos llegado arrastrándonos como lombrices por un tubo empapado de barro viscoso. Acurrucados en un hovo atisbábamos la línea alemana, queriendo descubrir un movimiento cualquiera, una señal de actividad, percibir una voz, un ruido... ¡Nada! Un silencio de muerte pesaba sobre el campo. A derecha e izquierda la trinchera francesa se alejaba retorciéndose sobre el terreno, mostrando los bordes blancuzcos de sus zanjas. La aldea que descubrimos por la mañana estaba ahora junto a nosotros. Veíamos distintamente sus casas; con los gemelos explorábamos sus calles. ¡Nadie! Esta sensación de soledad y de silencio nos producía una gran angustia; pensábamos en los pobres soldados obligados a vivir meses y meses bajo tierra, como topos, vigilantes como serpientes, enervados por el acecho. Yo no sé qué tenía aquel rincón a donde ningún rumor del mundo vivo llegaba; hubiéramos querido estar allí días enteros. Nuestro guía, el comandante del sector, nos previno contra el exceso de curiosidad.

- No asomen ustedes la cabeza con el sombrero puesto -nos dijo-. Podrían tirar. Fue preciso volver, a pesar de nuestro gusto. El viento había caído y la lluvia, haciéndose cada vez más espesa, nos calaba, ponía las trincheras intransitables, formando un barro al que se pegaban los pies... y las manos. Retrocedimos. Otra vez los 75 hacían fuego y las balas pasaban sobre nosotros con el ruido de una tela que se rasga. Encorvados bajo el aguacero caminamos penosamente; íbamos dejando atrás los centinelas inmóviles, con su vista clavada en las líneas enemigas que se esfumaban en el crepúsculo. Un mar de fango cubría ya los senderos. Nos refugiamos por un momento en una casucha de tablas medio excavada en la tierra. Era el comedor de los oficiales. Allí nos sirvieron unas tazas de café y las bebimos con deleite, mirando a través de los vidrios de las ventanas los hilos de agua, un agua negruzca, como el suelo y el cielo ensombrecidos por la noche. El comandante del batallón nos ofreció el agasajo. Todos en pie, levantamos nuestras tazas. Este brindis sobrio y un poco original estaba sazonado por las emociones recibidas durante la jornada, de las más fuertes de nuestra vida.

Por la noche hicimos el trayecto de Reims a Chalons, a todo correr de los autos, por caminos solitarios bordeados de árboles que un momento surgían en el haz de luz de los faros hundiéndose luego en las tinieblas. En Chalons, el general Gouraud nos recibió en su alojamiento y nos retuvo a

cenar. Las horas que pasamos allí son de las más bellas de nuestro viaje. En el pequeño comedor, adornado con dibujos hechos por los soldados, los tonos claros de los uniformes ponían su nota alegre en torno de la mesa, servida con sencillez militar. Pronto se impuso a todos un mismo sentimiento fraternal. La conversación versó sobre la guerra. Contáronse episodios notables, proezas y rasgos de abnegación dignos de la inmortalidad. El acento grave con que las cosas eran referidas, la sobriedad en las palabras y en los gestos, el total olvido de sí mismos en que aquellos hombres vivían cumpliendo los deberes más difíciles, como si realizaran la cosa más natural del mundo, nos daban una muestra del elevado temple moral del ejército, del que teníamos ante los ojos una representación cabal. Profunda fue la impresión que en este sentido causó en nosotros el general Gouraud. Su alta estatura, la rigidez de su cuerpo, aumentada por la falta de un brazo, la gravedad del semblante, unas luengas barbas rubias y un rápido fruncir de cejas que marca una arruga honda en su frente, componen la figura más guerrera que se puede imaginar. Pero hay en la mirada de sus ojos azules -que se mojan cuando se le habla de Francia- una vislumbre de dolor, y en su voz una entonación conmovedora que descubren un gran corazón, no sólo forjado para los altos hechos de guerra, sino capaz también de compasión. Esta alianza de la aptitud militar con las más suaves cualidades humanas, pudimos nosotros descubrirla en aquel jefe, representativo del espíritu del ejército francés; y el que una y otras puedan vivir juntas en los tiempos que corren, no constituye para Francia el mérito menor

La visita a Verdún ocupó nuestra siguiente jornada. Cruzamos los campos de Chalons, la Argonne; muchos pueblos fueron quedando atrás donde eran más o menos visibles las huellas de la guerra: Sainte-Menehould, Souilly, Clerinont-en-Argonne, que sólo conserva dos casas en pie. En un punto nos detuvimos a ofrecer nuestros respetos al general Nivelles, que muy amablemente se enteró de nuestro programa para el día. La actividad militar, creciente a medida que nos acercábamos a Verdún, contrastaba con la lúgubre calma de Reims. Los caminos y los campos se cubrían de soldados, de caballos, de máquinas de guerra. Por la carretera, largas hileras de automóviles de todos los tamaños, cargados de tropas y de pertrechos, iban y venían. En las cunetas, grupos de soldados reposaban, todos fornidos, curtida la piel del rostro, llenos de barro, cubiertos con el capacete que les da no sé qué aspecto de guerreros antiguos. Las columnas de infantería en marcha obstruían el paso, moviéndose pesadamente, chapoteando en el fango. En las lindes de los bosques las barracas de los campamentos parecían agazapadas, escondiéndose de los aeroplanos. Hormigueaba la tropa bajo los árboles, ocupada en sus faenas: lavar, cortar leña, limpiar los caballos. Algunos hombres se hacían la *toilette* al aire libre, mostrando su torso desnudo; otros, tendidos en la tierra, fumaban tranquilamente. Era, en fin, un tráfico vigoroso; la vida plena de la guerra, de la que no veíamos los horrores. Todos aquellos caminos canalizaban el fruto de la energía nacional, la absorbían, la chupaban, vertiéndola a pocos pasos de allí en el horno que la consumía sin agotarla. Ya próximos a la plaza comenzamos a ver depósitos de municiones; las cajas, en hileras superpuestas, hacían valla a los dos lados del camino; había también millares de proyectiles ya desembalados, con sus pulidos cartuchos de cobre brillando al sol. Un pelotón de prisioneros, lamentables, pasó junto a nosotros. Venían de Douaumont.

En Verdún, el general Dubois nos recibió en el subterráneo de la Ciuda-

del y nos hizo admirar una vasta instalación troglodita del siglo xx, es decir, con máquinas de vapor, electricidad, fábricas de harinas y pan, cuarteles y hospitales, que se ríe de todos los bombardeos. Allí donde el general, muy amable, nos dio de almorzar. Salimos luego al campo, por un portillo del muro exterior, y después de contemplar los efectos de las marmitas en una vasta pradera convertida en una criba, con hoyos enormes, llenos de agua, cuyos bordes se tocan, subimos a visitar la ciudad. Verdún es una inmensa ruina. Montañas de escombros bordean el Mosa, obstruyen el trazado de las que fueron calles, que los soldados van poco a poco dejando expeditas. Vense las casas reventadas, mostrando la devastación interior. En los dormitorios, en los comedores en las cocinas, hay todavía huellas de la vida doméstica, bruscamente interrumpida por la catástrofe; muebles abiertos, armarios llenos de ropa, loza en los vasares y en las repisas de las chimeneas. De los muros de un almacén de juguetes penden todavía las muñecas, los aros, los balones, delicia de la población infantil dispersa. Dos grandes edificios (El Banco de Francia y el Círculo Militar, según creo) muestran una integridad aparente; pero sólo conservan el caparazón: dentro es el caos. ¡Qué extraordinaria impresión de fuerza, de tenacidad feroz se recibe delante de estas ruinas! El corazón no se conmueve al contemplarlas, como en Reims; al contrario, parece que se inflama de orgullo. No es éste un lugar de tribulación. Cada una de las calles derrumbadas y los montones de piedras nos hablan en un lenguaje de epopeya. Un alma indomable alienta en ellas. El cañón francés, tronando en las inmediaciones, nos decía su cólera. He aquí por qué los escombros de Verdún, aunque los veíamos a la dulce luz de una tarde de otoño, no tienen el aspecto melancólico de las cosas muertas, sino una belleza torva, amenazadora, como la de un volcán que esparce a lo lejos el estrago con el propio fuego que le consume.

Desde la ciudad nos llevaron, atravesando zanjas y alambradas, a una batería contra los aeroplanos. Allí pudimos formarnos una idea, aunque incompleta, del insospechado poder de ese enemigo invencible que se llama barro. Para llegar a los cañones había que sumergirse, es la palabra, en unas zanjas cubiertas con ramas, y marchar sobre unas tablas flotantes en una pringue roja. ¡Era de ver el color de los soldados que servían las piezas! Entonces pudimos dar crédito a lo que nos contaran sobre esa modestísima plaga. El fango invade las trincheras, las inunda, las embadurna, ataca a los soldados, los deglute, los inmoviliza; casos han ocurrido de tener que cortar los vuelos del capote de los soldados para sacarlos de esa prisión; casos en que los jumentillos enanos que hacen servicio de transporte para las zanjas han tenido que ser extraídos con cuerdas, después de sepultarse hasta el vientre. Y así hay que batirse, y hacer funcionar los servicios, y conservar el buen humor; ¿no es admirable?

Las últimas horas de nuestra estancia en Verdún las pasamos en uno de los fuertes exteriores. Fue allí, asomados a la tronera de una caseta de mando, donde pudimos contemplar el campo, para siempre famoso, de la defensa. Veíamos a nuestros pies Verdún, y luego, siguiendo el curso del río, los pueblecitos tan nombrados: Charny, Bras, Vacherauville, dulcemente asentados en el valle, en un ambiente de égloga, bajo la caricia del sol. En el fondo, la Côte-duPoivre mostraba sus flancos reventados por los cañones, con las rayas blancuzcas de las trincheras y de los boyaux. La cresta de Douaumont, de una desnudez trágica, humeaba; copos negros o azulados surgían de la tierra, flotaban pesadamente en el aire, íbanse luego aclarando, y, rompién-

dose sus formas redondeadas, se disolvían; pero otro y otro brotaba en seguida sin parar, como si el suelo respirara un aliento negro. Mas frente a nosotros, otras colinas, coronadas algunas por filas de árboles, sufrían también el fuego y le devolvían. Imposible ver los cañones; pero descubríamos a veces un relámpago, el chorro de llamas que las piezas escupen. Y así la muerte volaba de un campo a otro, en una tarde tan bella, haciendo resonar los gritos de agonía en un escenario de pastoral. Ya anochece cuando nos arrancamos de nuestra contemplación. Salimos a la carretera. Había un globo en el aire, meciéndose sobre Verdún. Muy en lo alto, columbramos la motita negra de un aeroplano.

III

Después de nuestra visita al frente aún permanecemos dos o tres días en París; durante ese tiempo el autor de estas líneas tuvo la honra de ser recibido por el señor Ministro de Municiones, *monsieur* Albert Thomas, y por *monsieur* d'Eichthal en su gabinete de Director de la Escuela de Ciencias políticas. Abrigo la esperanza de que las conversaciones que sostuve con estos dos señores no quedarán sin fruto. Hechas con prernura nuestras visitas de despedida, partimos para las últimas etapas de nuestro viaje: Toulouse y Bordeaux, dos nombres que nos son muy caros, porque van unidos en la obra de expansión y propaganda intelectual de Francia en España. Dos días no cabales pasamos en cada una de estas ciudades. En Toulouse, adonde llegamos acompañados por el rector de la Universidad, *monsieur* Cavalier, que venía con nosotros desde París, toda la población se asoció al recibimiento que las autoridades locales y la Universidad nos dispensaron. Si yo quisiera reducir a cuatro palabras nuestra impresión de aquella visita, diría simplemente: nos pareció que estábamos en nuestra tierra. No podría añadir más, so pena de ocupar muchas más páginas de las que en este Boletín me están reservadas. Rápidamente fueron pasando ante nuestros ojos los tesoros artísticos que Toulouse guarda en el Capitolio, en el Museo, en la Basílica de Saint-Sernin. Recibidos en la *Société des Savants* con una solemnidad honrosísima para nosotros, visitamos también la Facultad de Letras, la de Medicina, el Instituto químico (hoy destinado a hospital), el Centro electrotécnico, donde tuvimos el placer de hallar una docena de muchachos españoles que allí cursan sus estudios. Una recepción en la Facultad de Derecho, donde el señor rector Cavalier y *monsieur* Mérimée nos dijeron muy bellos discursos, fue lo más culminante de las fiestas académicas a que asistimos. Los señores Altamira y Gómez Ocaña, aquél en francés, éste en castellano, afirmaron una vez más, en nombre de la misión, la ardiente admiración que nos producía el pueblo francés luchando por un ideal de civilización que es también el nuestro.

Lo mismo en estas recepciones que en los banquetes ofrecidos la misión española por la Universidad y la Municipalidad, el señor Prefecto del Alto Garona, el alcalde, los diputados Bedouce y Prévot, el rector, los decanos y muchos profesores, nos prodigaron las pruebas más inequívocas de amistad sincera. Y como estábamos en una ciudad emporio del arte, fueron nuestros artistas, Blay y Bilbao, los que llevaron la voz de todos en tales momentos. En Toulouse hallamos, además, uno de los ejemplos más asombrosos del esfuerzo militar de Francia: la fábrica de pólvora, de la que me había hablado con legítimo orgullo *monsieur* Albert Thomas. Pero lo característico de nues-

tra permanencia en Toulouse fue, como queda indicado, la popularidad de que gozábamos. Uno de los periódicos locales encabezaba su información con estas palabras en castellano: "¡Salud a nuestros amigos de España!" Esta delicada atención de emplear nuestra propia lengua para recibirnos simboliza muy bien la perfecta compenetración espiritual en que hemos vivido con los tolosanos durante dos días. Y no quiero olvidar la impresión gratísima que nos produjo el observar que los discursos que hicimos en castellano eran comprendidos como si tuviéramos un auditorio español. En fin, nuestra emoción fue insuperable al asistir una noche al teatro. La concurrencia que llenaba la sala, no hacía, al aplaudirnos, más que exteriorizar sus simpatías hispanófilas. Después que la orquesta tocó la *Marcha Real* y la *Marsellesa*, Francia y España fueron vitoreadas al mismo tiempo, y sus banderas aparecieron enlazadas, ondeando sobre el público que puesto en pie las aclamaba. ¡Inolvidable Toulouse, *tierra de amigos!* Cuantos alcanzan la fortuna de verte son para siempre y dondequiera pregoneros de tu belleza, de tu laboriosa vida, de la fecundidad de tu espíritu y de las gracias elegantes de tu hospitalidad.

Muy mermada llegó a Burdeos la misión española. Unos, por enfermedad, habían se vuelto a España desde París; otros, por apremiantes deberes de sus cargos, emprendieron el regreso desde Toulouse: muy contra la voluntad de todos, sólo cuatro de los individuos de la misión pudieron detenerse en Burdeos. No quiero entristecer a los compañeros que forzosamente nos abandonaron contándoles lo mucho que se perdieron. Cierto que dedicar tan sólo día y medio a la visita de una ciudad como Burdeos era condenarse a no arrojar sobre multitud de cosas interesantes más que una ojeada que le encienda a uno el deseo de volver; y era también poner en grave aprieto la buena diligencia y dotes de organización de nuestros guías. Ellos cumplieron como buenos; tanto, que es difícil llenar mejor ni de modo más placentero horas tan cortas; pero sí fueron insuficientes para conocer cuanto en Burdeos haya de admirable, no así para la efusión de nuestra amistad: un apretón de manos, bien fuerte, pronto se da; y un gesto de esta índole ha sido nuestro paso por Burdeos: rápido, pero de una fuerza demostrativa eficaz. Visitamos la Universidad, el Museo Colonial, la Cámara de Comercio. Al último de todos nosotros le fue fácil en estas recepciones hacerse intérprete de los sentimientos de la misión entera, as! de sus individuos presentes como de los ausentes, porque no hacía más que recordar las observaciones reconfortantes recogidas durante dos semanas y hablaba con la abundancia de su corazón. Una excursión al puerto y a sus poderosas instalaciones nuevas nos ocupó durante una mañana; antes hablamos recorrido -con demasiada prisa, por desgracia- algunos de los monumentos arquitectónicos más importantes de Burdeos y el Museo arqueológico. En las suntuosas comidas a que fuimos invitados por la Universidad y por el Municipio, a las que asistió el señor Prefecto de la Gironda, los discursos del señor Alcalde, del señor Thamin, y de monsieur Cirot, como más tarde el de monsieur Paris en el almuerzo de despedida que nos ofreció la Escuela de Estudios Hispánicos, pusieron digno coronamiento a las incontables muestras de simpatía que por todas partes habíamos ido recogiendo. La vehemente oratoria de nuestro compañero De Buen se acomodó de modo perfecto a nuestros sentimientos de aquella hora. El señor rector, no contento con habernos dejado escuchar una oración magistral en el banquete de los universitarios, nos ofreció, momentos antes de la partida, unas palabras de elogio para cada individuo de la misión, palabras más amables que justas, pero que no por venir inspiradas casi solamente en-

su fina voluntad hacia nosotros, se las agradecemos menos. En fin, recibimos en Burdeos una prueba de estimación que nos obliga mucho. La Academia Nacional de Ciencias, Bellas Letras y Artes (de Burdeos) nos otorgó el título de miembros no residentes. Aceptamos con júbilo una distinción tan alta, mirándola como una especie de adopción espiritual que nos colma de orgullo. Ella nos unirá aún más estrechamente a la obra de los centros intelectuales de Burdeos, que tiene siempre títulos especiales para la devoción de un español, porque en esta ciudad, como en el otro hogar de hispanismo que habíamos visitado, se encuentran, además de numerosas gentes que aman a España, otras que, sobre eso, consagran a estudiarla su vida entera. Por todo ello, y por mucho más que he pasado en silencio, me complazco en enviar, desde aquí, a todos nuestros buenos amigos la expresión de nuestra viva gratitud.

IV

Siempre he tenido la creencia de que cuanto concierne a la aproximación franco-española, aun circunscrita a la acción moral e intelectual, camina con retraso. Así tuve la osadía de decirlo en el banquete que en el Hotel Palace, de Madrid, se celebró hace seis meses en honor de la misión francesa que entonces nos visitaba. Y esa apreciación, que pudo parecer inspirada tan sólo por mi amistad impaciente, se ha robustecido ahora, en cada etapa de nuestro viaje por Francia. Ante las protestas de amistad que mutuamente nos hacíamos, ante la perfecta identidad de miras que descubrimos, pensé yo muchas veces: Estas cosas tan bellas y tan sinceras, hace ya tiempo que debieron haberse dicho y, doblada la página, deberíamos estar ahora en plena acción. Pero ya que nos hemos dejado sorprender por los sucesos en una actitud puramente contemplativa, aprovechémonos de nuestro viaje, que ha concluido de romper el hielo, y procuremos recuperar el tiempo perdido.

Una acción común es necesaria para eso, con plena conciencia del fin que se persigue y del valor y eficacia de los medios que se utilicen. De otro modo, la confusión y el cansancio no tardarían en producirse, y con ellos, el fracaso. Discurriendo sobre este mismo tema el señor Imbart de la Tour decía: "Dirijámonos ante todo a las ideas." Sin duda. Pero si mi ilustre amigo lo permite yo tendría que añadir: y a los hombres también. Digo a los hombres como instrumentos activos y elementos organizadores, para poner en práctica esas ideas. Se trata, pues, de averiguar qué ideas deberán agitarse y cuáles hombres deberemos captar como más propicios a nuestra obra.

Hay que hacer aquí una distinción importante. De un lado no puede olvidarse que la parte mayor de la opinión española actualmente favorable a Francia, era ya francófila antes de la guerra. De otro hay que considerar que la justicia evidente de la causa francesa ha atraído a su campo un cierto número de gentes que no fueron antes amigos suyos. Los primeros representan en España toda la opinión liberal, en la acepción más amplia del vocablo, que no debe confundirse con ciertas divisas políticas bastante ajadas por el uso. Son amigos de Francia, no sólo por la atracción que en general ejerce el genio francés, sino también por adhesión deliberada a un cierto giro del pensamiento que, por razones históricas, geográficas y lingüísticas, sólo de Francia

podíamos recibir. Son los herederos y representantes de todos los que, a partir del siglo XVIII, trabajaron por colocar la vida española en los cauces de libertad y progreso por donde ha corrido la historia de los pueblos

Europeos en todo ese tiempo. Los segundos -cuya importancia numérica no puedo precisar, pero cuya existencia es notoria- son todos los que, desviados del primer grupo en tiempos normales por su orientación ideal, vieron conturbada su conciencia por el conflicto europeo y se pusieron a examinar honradamente sus antecedentes y causas; hallaron que Francia era víctima de una agresión, e hicieron votos por su triunfo como una reparación debida a la justicia. Esta distinción entre ambos grupos es capital, no sólo para entender el momento presente, sino para fundar el porvenir. La masa liberal es francófila de *Francia entera*; quiere que esta nación se salve por la victoria, tal como es, con la numerosa variedad de matices que enriquecen su vida moral. Los otros han fallado escrupulosamente en el gran litigio europeo como se falla un pleito, oídas ambas partes y en vista de la prueba documental aportada; pero no son quizás extraños a la esperanza de que la guerra forje una Francia nueva, tal como ellos la sueñan, menos distanciada de su manera de pensar. La consecuencia es que la base duradera, sólida, para fundar una inteligencia que abarque no sólo el día presente sino los futuros, se encuentra en el primero de los grupos de que vengo hablando. Fuertemente adherido a la causa francesa en la guerra, sabe, igual que el otro, de qué parte está la razón, pero sabe también que Francia además de tener razón tiene otras cosas, anteriores al conflicto presente y que perdurarán una vez acabado. Su amor a estas gracias espirituales forma parte de su vida personal; y se persuade que el haberlas poseído es lo que permitió a Francia adoptar frente a la posibilidad de la guerra y frente a la guerra misma, una actitud que la justifica plenamente. Sobre estas bases deberá cimentarse aquella acción común de que yo hablaba. Cuanto se emprenda fuera de ellas será estéril o acaso perjudicial por una de estas dos causas: o por no hallar un terreno suficientemente preparado para recibir la simiente, o por ir en contra de lo que ha constituido siempre en España la razón de la francofilia.

He oído a bastantes franceses lamentarse de la poca difusión que las noticias y conocimientos exactos relativos a España alcanzan en su país. Es justo que nosotros digamos que tampoco en nuestra patria estamos, en general, mejor informados respecto de Francia. Se impone, pues, una campaña de divulgación recíproca, que vaya creando en torno de las obras de aproximación de cualquier índole: científica y universitaria, comercial e industrial, y en su día, política, una especie de atmósfera respirable que permita vivir con lozanía. La norma general de esta propaganda debe ser la sinceridad. No podemos disimularnos nada los unos a los otros. Si ciertas particularidades del carácter español pueden parecer extrañas a los franceses, lo conveniente será, no ocultarlas sino explicarlas para conocer su significación y verdadero alcance. Si ciertos hechos y rasgos de la vida francesa, sobre todo en el orden político y moral, que llegan al público español en fragmentos descabalados, pueden resonar excesivamente en nuestro ambiente y parecer chocantes, no hay que disimularlos o sustraerlos al comentario libre, sino completar la información suministrando a la opinión española los medios necesarios para colocar esos hechos en su ambiente propio y dentro del cuadro de las relatividades que los avaloran. La mejor manera de combatir ciertas campanas tendenciosas no consiste, precisamente, en darles la razón. Antes de la guerra se había hecho cundir la especie de que Francia era un país de decadencia y de indisciplina. Algunos franceses impresionables lo decían también. Los que mirábamos a Francia con serenidad, les hicimos a ellos y a su país la justicia de no creerlos. Cuando la guerra estalló y Francia dio al mundo el ejem-

plo de abnegación que estamos viendo, comenzaron a hablarnos de un renacimiento de las virtudes cívicas, como si hubieran estado amortiguadas o tenidas en secuestro en los días de la paz. Tal vez se pretendía con eso apagar las alarmas de una parte de la opinión española. Pero se olvida así la verdad capital, la verdad que los españoles amigos de Francia se esfuerzan por inculcar en el ánimo de sus compatriotas, o sea la continuidad del esfuerzo del espíritu francés, que ostenta ahora las virtudes propias de la guerra, como antes había mostrado las que pertenecían a un estado de libertad y de paz. Justamente por haber sido Francia lo que fue desde hace medio siglo, puede ahora remontarse a tan sublime altura sin renegar de sí misma. Tal es nuestra convicción. Y no quiero otra prueba que la ofrecida por la juventud francesa, educada y formada en esos años que para algunos son de infausto recuerdo.

Me parece innecesario advertir que no se trata tampoco de canalizar la amistad francesa en provecho exclusivo de un partido; así lo hicimos constar dondequiera en nuestro viaje, y singularmente en la recepción que la Gran Logia, de París, dispensó a algunos de los que figuraban en la misión española. Allí fue donde quedó bien a las claras nuestro deseo de que, debiendo contribuir la aproximación franco-española a la prosperidad y al bienestar de ambos países, se evite, al realizarla, el daño de introducir el desconcierto entre los españoles fundamentalmente francófilos por el empeño de conquistar ciertas porciones de la opinión peninsular que por ahora son inabordables.

Nota: Discurso sacado de las obras completas de Manuel Azaña [compilación..prefacio..prologo y bibliografía..Juan Marichal]

[Primera Edición]

México Oasis.-[Al Fin Panamericanas]

[1966-68]

4 Vols.-27,5 cm

Volumen I